

LOS ÚLTIMOS JUDÍOS DE ALEJANDRÍA



Se reedita 'Lejos de Egipto', de André Aciman, donde el autor reconstruye la historia del

esplendor de una ciudad y la de su familia desde los años 20 hasta su expulsión en 1964

POR LUIS ALEMANY MADRID

ES DIVERTIDO DEFINIR *Lejos de Egipto*, de André Aciman

(editado con nueva traducción por Libros del Asteoride): un poco de *Bella del señor*, un poco de *El cuarteto de Alejandría*, un poco de Woody Allen, un poco de Marcel Proust, un poco de Isaac Bashevis Singer... Aciman, el autor de *Llámame por tu nombre*, evoca en sus páginas la historia de su familia en Alejandría, desde los años 20 hasta su expulsión de Egipto en 1964. ¿Expulsión? Los Aciman eran judíos llegados desde Estambul que prosperaron en Egipto en los años de la bella época. Neuróticos, cultos, políglotas, tendentes al estraperlo, teatrales... Sobrevivieron a la Guerra Mundial sin ver a un solo nazi (aunque los cañones de Rommel se llegaron a oír en Alejandría) y siguieron con su alegre vida burguesa durante una década: clubes de tenis, estrenos de ópera, acciones de bolsa, institutrices armenias...

Su buena suerte se empezó a acabar en 1952, en el momento en el que Gamal Abdel Nasser dio un golpe de Estado, destronó al rey Faruq I y proclamó una República de inspiración socialista y nacionalista árabe, desafiante hacia las antiguas potencias coloniales y a las élites del antiguo régimen: es decir, los europeos y judíos que habían hecho de Alejandría su ciudad.

A partir de la Guerra del Canal de Suez de octubre de 1956, esa actitud desafiante se convirtió en acoso abierto. Egipto empezó a expulsar a sus judíos, casi siempre con la justificación de que habían sido sorprendidos retirando su capital al extranjero, si no era con acusaciones más graves de deslealtad.

Lo de la retirada de los capitales, cuenta Aciman en su libro, era más o menos cierto. Lo de la deslealtad, no tanto: «Alejandría no era exactamente eso que se llamaba "una ciudad abierta", pero su vida era la de una ciudad abierta y así era percibida. Y todo el mundo en la ciudad estaba comprometido con Alejandría, al estilo en el que los neoyorquinos que no son estadounidenses pero llevan décadas allí se sienten comprometidos con su ciudad. No creo que ni

uno solo de los extranjeros que habían llegado a Egipto para prosperar sintiera que estaban en Egipto por un interés a corto plazo. Ellos estaban en Egipto para bien. Italianos, judíos, griegos y franceses... Todos hicieron demasiados edificios, demasiados hospitales, teatros y, por supuesto, demasiadas fábricas como para deducir que no tenían raíces en Egipto», explica Aciman a EL MUNDO.

Y continúa: «Les gustaba Egipto y les gustaban los egipcios. Muchos griegos e italianos no habían estado nunca en Grecia ni en Italia. Muchos judíos hablaban árabe en sus casas y no sentían que hubiese ningún otro lugar del mundo al que volver. Nunca se vieron a sí mismos como extranjeros ni como aves de paso. Eran tan poco aves de paso como los judíos alemanes que retrató W.G. Sebald en sus

libros. Pero cuando llegó el nacionalismo, les hicieron creer que eran aves de paso. A mi familia nos trataron como ocupantes efímeros, como inquilinos no deseados».

Lejos de Egipto es, por tanto, el libro político del escritor hiperesteta y romántico que inventó a Elio Perlman. Su sentido, se veía venir, consiste en defender la libertad del individuo frente a las euforias identitarias. «El nacionalismo es una vieja noción del siglo XIX que es profundamente excluyente en su esencia. Los judíos fueron excluidos de la sociedad alemana, igual que fueron excluidos de la egipcia. Y lo mismo ocurrió en España en 1492», afirma Aciman.

Su familia aguantó mucho en Egipto. A su padre le fue bien en los negocios hasta el mismo

día de su expulsión, y su madre ya había nacido en Alejandría, de modo que la emigración era inimaginable para ella. Pero eso no alivió sus sufrimientos.

El acoso se expresó, sobre todo, en el colegio al que

"ALGUNOS COMO MI PADRE, SALIERON DEL PAÍS CON BUENA SALUD, PERO CON ALGO MUERTO POR DENTRO"

enviaron a André: «El VC, rebautizado como Victory College para celebrar una victoria que nunca he sabido cuál fue, nació para ser Eton fuera de Inglaterra. Había un VC en El Cairo y otro en Alejandría y fue la escuela de élite para los británicos del Imperio, para

los judíos y para los egipcios, además de para los hijos de algunos reyes depuestos tras la Primera Guerra Mundial. Cuando yo entré, en 1960, a mi padre le explicaron que me esperaba un colegio inglés. No lo era. Era un foco de infección antisemita y antioccidental. Aquella no podía ser la patria en la que mi madre había nacido. En el VC me hacían sentir un extranjero en mi país: cada vez que se mencionaba el nombre de Israel, toda la clase se volvía a mirarme. Yo me quedaba congelado».

Y continúa: «Era el único judío de la clase, pero no era israelí», continúa Aciman. «Un día, me metí en una pelea porque un niño me dijo que era 'un perro de los árabes'. Cuando nos separaron, la profesora me preguntó qué había pasado. Le dije: 'Me llamó perro de los árabes'. Y la profesora sonrió y me contestó: 'Pero si eso es cierto, sois los perros de los árabes'. Fueron dos años de infierno».

Es el aliciente de *Lejos de Egipto*: encontrar una memoria íntima de un momento histórico. ¿Cómo les fue a los judíos de Alejandría después de su expulsión de Egipto? «Algunos habían conseguido esconder un buen capital en el extranjero y prosperaron sin que sus hijos sufrieran. A otras familias que no pusieron a salvo su riqueza no les fue tan bien. Eran gente cualificada, encontraron trabajos y pudieron vivir cómodamente aunque con humildad. Pero tanto a unos como a otros, sobre todo aquellos que tenían más de 50 años, les quedaron cicatrices y penas que apenas pudieron sobrellevar. Trabajaron, encontraron la manera de reproducir a pequeña escala la alegría sus vidas, pero sintieron que vivían un tiempo de prestado, que ya no eran capaces de reinventarse a sí mismos otra vez. Sabían que debían olvidarse de lo viejo y adaptarse a lo nuevo, pero no podían olvidar lo que habían perdido. Así que llevaron su sentimiento de pérdida toda su vida. También se llevaron el miedo propio de vivir en un estado policial durante 10 años. Algunos como mi padre, salieron de Egipto con buena salud pero con algo muerto por dentro».



Una mujer en una calle de Alejandría con imágenes de propaganda de Nasser en el año 1956. GETTY